

Yan Lespoux

PARA MORIR, EL MUNDO



CONTRALUZ

YAN LESPOUX

Para morir,
el mundo

Traducido del francés por Juan Arranz



Título original: *Pour mourir, le monde*

Diseño de colección: Estudio Sandra Dios

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Pour mourir, le monde by Yan Lespoux. Copyright © Agullo Éditions, 2023.

Esta edición ha sido publicada mediante acuerdo con la agencia SO FAR SO GOOD Agency y SalmaiaLit.

© de la traducción: Juan Arranz Muñoz, 2024

© Contraluz (GRUPO ANAYA, S. A.)

Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.contraluzeditorial.es

ISBN: 978-84-19822-14-7

Depósito legal: M. 6.436-2024

Printed in Spain

*Nascer pequeno e morrer grande é chegar a ser homem;
por isso deu Deus tão pouca terra para o nascimento
e tantas para a sepultura.
Para nascer, pouca terra; para morrer, toda a Terra.
Para nascer, Portugal; para morrer, o Mundo.*

Nacer pequeño y morir grande es la culminación del hombre;
por eso Dios le dio tan poca tierra para su nacimiento
y tanta para su sepultura.
Para nacer, una parcela; para morir, la Tierra entera.
Portugal para nacer; para morir, el mundo.

António Vieira (1608-1697)
(Citado en Luís Felipe Thomaz,
L'expansion portugaise dans le monde, Chandeigne, 2018.
Trad. al francés de Émile Viteau y Xavier de Castro)

La corriente lo absorbe bajo la espuma. Se sujeta como puede al fardo de algodón que agarró tras saltar del navío encallado, cuyos enormes costados gemían con los golpes de la tormenta. Ahora crujen y se resquebrajan detrás, a lo lejos. Las olas se suceden. Se enredan en sus piernas, lo arrastran hacia el fondo y tiran de él hacia mar abierto. Al estallar, cada nueva onda se aplasta en su espalda y vuelve a sumergirle la cabeza en el agua fría. Después lo escupe hacia delante. Tiene la impresión de que su cuerpo no es más que una polvareda sin consistencia, pero acto seguido la resaca le obliga a soportar otra vez su propio volumen y el de su ropa, un estorbo helado e inútil. En esos instantes se siente como un peso muerto, mantenido a flote solo gracias a una bala de algodón medio deshecha justo por el tiempo necesario para aspirar unas pocas bocanadas de aire.

Los cordeles del fardo le estrujan los dedos hasta dejarlos entumecidos. Sus piernas baten el agua cada vez con menos energía. A duras penas logra aguantar con la barbillas por encima de la superficie. Hace ya muchos años

que decidió no encomendar su alma a ese Dios que siempre le ha parecido demasiado distante de los hombres. Sin embargo, ahora mismo está dispuesto a cambiar de idea. Nunca se sabe.

El rugido del océano no cesa, pero se atenúa por unos pocos segundos. En lugar de estrellarse detrás de él, una ola mayor y más poderosa que las otras lo levanta lentamente. Su cresta se inclina hacia delante y lo empuja cuesta abajo. Ya no tiene miedo. En ese momento, lo único que importa es la velocidad incontrolable de la caída. Sonríe al cielo triste y sucio de esta mañana de enero, aprieta con más fuerza su flotador improvisado y, cuando la ola termina de romper, un remolino lo atrapa desde el fondo. Abre las manos para soltar el fardo y patatea hasta dar con los pies en el suelo de arena. Empujado por la fuerza de la ola, se deja llevar hasta la orilla y se pone en pie. Aunque las gotas del rocío marino se mezclan con la arena traída por el viento, consigue distinguir la franja de tierra donde va a morir la espuma. Con el agua por las rodillas, nota cómo la resaca lo atrapa, barre la arena bajo sus pies y trata de llevárselo otra vez mar adentro. No debe caer. Debe aguantar. Seguir avanzando. Un paso tras otro. Se gira para mirar atrás y no tarda en ver una nueva ola que estalla a pocos metros. Ruge, embiste y lo golpea. Lo aplasta contra el suelo, antes de arrastrar su cuerpo rodando hacia la orilla. Desorientado, agita la mano en el aire justo donde pensaba que estaría el suelo y el miedo se apodera de él una vez más. Cuando vuelve a emerger, el agua corre a sus costados, de vuelta al mar.

Se yergue, intenta recuperar el aliento y percibe con satisfacción el peso de la bolsa que todavía cuelga por dentro de sus calzas. Camina tambaleándose unos metros y acaba por derrumbarse, con el rostro azotado por la arena que se lleva el viento.

En la pálida luz de esta mañana de invierno, el paisaje que tiene ante sí está compuesto por dunas y por las pocas plantas raquílicas que se aferran a ellas. Aunque sabe que se halla en la costa francesa, a juzgar por lo que ve bien podría estar en la del Sáhara o la de Arabia. El incesante estruendo de las olas a su espalda le anima a alejarse del océano todavía un poco más. Envuelto en una nube de polvo y brisa salada, avanza por la arena con dificultad, antes de tropezar otra vez y quedarse sentado, muerto de frío. El viento se le mete en los oídos helados y se le clava hasta el cerebro como un hierro al rojo vivo. Cubriéndose las orejas con las manos para aliviar el dolor, se atreve por fin a contemplar el océano.

Mar adentro, la imponente silueta de la carraca São Bartolomeu, varada en un banco de arena, recibe los golpes de las olas enormes y tumultuosas. Chorros de espuma salen despedidos por encima del perfil del barco y se funden después en el blanco lechoso del cielo. Escorado hacia la banda de tierra, el gigantesco navío no conserva el palo mayor y, desde la distancia, solo se aprecia un muñón en lugar del trinquete. Más cerca de la orilla, entre la carraca y los últimos bancos de arena, asomando por entre el burbujear de la espuma y las olas que crecen y estallan, se arremolinan los despojos. Hay tablas, aparejos y barriles por todas partes. También hay cadáveres, masas

blandas y lentas que la fuerza del agua arrastra, zarandea y deja varadas en la arena.

Tiene que haber más supervivientes. Eran quinientos pasajeros, no pueden haber perecido todos. Algunos murieron muy rápido, él mismo los vio. De hecho, hubo uno al que ayudó a reunirse con el Creador. Se levanta despacio y comienza a andar por la orilla, dando en lo posible la espalda al viento. No es su primer naufragio. Ya sabe lo que significa pisar una tierra desconocida y hostil. La diferencia es que la primera vez fue el sol quien lo atormentó, no el frío penetrante de una tempestad invernal. De cualquier manera, solo hay una cosa que hacer: caminar. Para entrar en calor y quizá para buscar auxilio.

El vendaval que lo empuja desde atrás ha impedido que oyera los gritos. Cuando llegan hasta él, ya solo está a veinte o treinta pasos de las figuras que se mueven en la playa. Cree distinguir seis. Se acerca un poco más y divisa una silueta oscura, medio desnuda, seguramente uno de los esclavos indios que compartían las bodegas con el resto de las mercancías. Acurrucada en el suelo hay otra persona inerte, y algo que parece una enorme criatura velluda la registra sin miramientos. Le arranca un collar y después intenta quitarle algo de una mano, que termina por dejar en el suelo para coger un hacha y cortarla de un golpe. El hombre —porque se trata de un hombre, vestido de pieles de cordero con la lana vuelta al exterior— levanta su captura por encima de la cabeza. La luz difusa que penetra fugitivamente entre dos nubes se agarra por un momento al brillo de una sortija engarzada

en un dedo roto. Las demás figuras avanzan por la duna y gritan mirando a las tierras del interior.

El viento arenoso ha impedido que se vuelvan en su dirección. Aprovecha para agacharse todo lo posible y alcanzar un repliegue entre dos dunas, que descienden en suave pendiente hacia el océano. El esclavo es ahora el centro de atención. No se atreve a moverse, o no puede hacerlo. Los cuatro hombres que lo rodean parecen discutir de forma airada. Uno de ellos pone un fin brutal a la disputa, al descargar un garrotazo en la cara del prisionero. Este cae de rodillas; entonces, el que sujeta el hacha le parte el cráneo con total indiferencia. El cuerpo aún sigue agitándose, pero sus verdugos ya no le prestan atención y comienzan a recorrer la playa en busca de lo que el mar haya podido traer hasta allí. Llegan varios hombres más, bajan las dunas a toda prisa y se abalanzan sobre los fardos, que rescatan del oleaje para después romperlos a hachazos y pelear por su contenido: tejidos varios y especias, que el agua marina se encarga de malmograr y el viento se lleva volando. Las olas moribundas van tiñéndose de negro. Sobre la arena mojada, cada vez que el mar se retira, quedan arcos dibujados con granos de pimienta.

Echa un vistazo del otro lado. Por un instante, se plantea dar media vuelta y remontar la cuesta de cara al viento, pero también por allí divisa más figuras camino de la playa. Al esclavo lo han ejecutado porque no valía nada. Él tampoco vale mucho más. La bolsa que lleva atada al cinto, en cambio, vale demasiado como para que cualquiera que vea su contenido le deje ir con vida. Intentar negociar

con estos salvajes está descartado. También lo está caer en sus manos. Y su escondite no es nada seguro. Cuando vengan hasta aquí, acabarán por verlo. Tiene que salir de la playa y meterse entre las dunas, con la esperanza de cruzarlas y encontrar un sitio algo más civilizado que estas costas en poder de los saqueadores de pecios.

Se arrastra lentamente por la arena, hasta alcanzar una cresta donde las dos dunas se reúnen. En lo alto el viento sopla con violencia. La arena fustiga sus mejillas, se le cuele en los ojos, la nariz y la boca. Sigue avanzando encorvado, hacia un horizonte oculto por el vendaval, en este desierto que parece no tener fin. Sus pies se hunden en el inestable suelo, así que progresa a cuatro patas, antes de levantarse otra vez. Busca con la mirada más figuras, confunde los aullidos del viento con voces, pierde la noción del tiempo. No sabe si ha logrado avanzar mucho, cuando una nueva nube de granos de arena le obliga a cerrar los ojos por un segundo. Tropieza, se precipita hacia delante y rueda con todo su peso por una hondonada entre dos dunas. La caída se interrumpe a media cuesta. Parcialmente al abrigo del viento, abre los ojos y observa el lugar donde ha quedado tendido. Una hierba corta y verde crece a corros en varios sitios. Al fondo, el terreno da la impresión de moverse por sí solo. Tarda un largo momento en darse cuenta de que hay una fina capa de arena que cubre el agua estancada en la depresión y que el viento la hace temblar. Aprovechando este refugio improvisado en el que la mordedura del frío duele menos, se relaja. Tiene sed y el movimiento del agua en la hondonada aviva esa necesidad. Termina de bajar, se

pone en cuclillas al borde de la charca y empieza a rozar la superficie para apartar la capa de arena, pero entonces descubre a algunos metros el cadáver hinchado y medio sumergido de una vaca de color pardo. Tan grande es su decepción que se deja caer en la orilla del agua corrupta por la carroña, cuyo olor solo ahora le llega.

Un cambio casi imperceptible en el ruido del viento, una vaga sombra en el límite de su campo de visión, le hacen levantar la mirada. Por encima de él, a su derecha, hay una mujer joven, observándolo. Lleva un vestido negro de lana basta y una especie de gorro. Va descalza. En las manos sostiene un abrigo negro. Vuelve la cabeza, como para asegurarse de que está sola, da unos pasos hacia abajo y le hace un gesto, invitándolo a seguirla.

Al principio, duda, pero después escala hacia ella. No puede parar de temblar, no sabe si de frío o de miedo. Cuando llega a su lado, la chica le tiende el abrigo. Un largo abrigo de terciopelo negro que tal vez perteneció a un *fidalgo*, cuyo cadáver las olas estarán ahora mismo zarandeando en la playa. Incluso empapado, parece caliente. Así pues, se lo echa por los hombros y junta por delante las solapas, sin dejar de tiritar. Fernando Teixeira, soldado de Indias, renegado y ladrón, se pregunta cómo, tras escapar al segundo gran naufragio de su corta existencia, ha podido acabar así, muerto de frío, sediento, exhausto. Quizá también rico, y a punto de poner su suerte en manos de una muchacha harapienta, miembro de una tribu de salvajes vestidos con pieles de animales. Envuelto en el abrigo de un difunto, siente que el futuro se le resbala entre los dedos.

Canal de Mozambique, agosto de 1616

Viento en popa, el buque se movía despacio en aguas del océano Índico. Sobre el mastelero de gavia, encima de las velas blancas y perezosamente hinchadas que exhibían las enormes cruces rojas de la Orden de Cristo, los grumetes recorrían con la mirada el gran vacío que los rodeaba. Entornaban los ojos en el aire diáfano, intentando distinguir las olas de los cielos. De repente, vieron recortarse en el horizonte algunas nubes, trabadas en la masa oscura de una isla. Esa imagen, en la que podían detener la mirada, hizo que uno de los vigías se pusiera nervioso; al momento sintió con más fuerza en la boca del estómago el vaivén de la plataforma en que se hallaba. Procurando no vomitar lo poco que había ingerido antes de escalar hasta su puesto, y sobre todo no hacerlo encima de los marineros atareados en la cubierta, que sin duda le esperarían para darle un escarmiento, el muchacho apartó los ojos de la isla. Intentaba volver a sumirse en la contemplación del azul inmenso e inmóvil cuando creyó divisar una mancha algo más clara en aquel lienzo immaculado. La mancha desapareció un instante para aparecer otra vez,

recordándole el continuo balanceo del mástil. El diafragma se le contrajo por un segundo; luego abrió la boca en un espasmo y dejó escapar una hebra de bilis que, para su consuelo, el viento se llevó. Acto seguido, dio la voz de barco a la vista.

Abajo, la tripulación llevaba varias horas meciéndose al ritmo indolente con el que avanzaba el São Julião. Las maniobras en cubierta se efectuaban en un silencio relativo, solo interrumpido por algunas órdenes concisas, los chirridos de tablas y maderos, las vibraciones del tenso cordaje y el chapoteo del agua contra el casco, tan descomunal que no se conformaba con deslizarse, sino que insistía en atacar con torpeza el oleaje. Mirando con atención, se podía apreciar que las velas ya no eran tan blancas, que las cruces rojas mostraban las cicatrices de sucesivos remiendos, que muchos de los cabos estaban desgastados y que los hombres a bordo no presentaban un aspecto mejor. Tras cuatro meses de navegación, durante los cuales tuvieron que enfrentarse a las tormentas del Atlántico, a la interminable calma chicha del ecuador, a las aguas turbulentas del cabo de Buena Esperanza y a los bajíos de las Bassas da Índia, en los que no fue nada fácil evitar encallar, la voz del muchacho que gritaba desde la cofa en mitad del suave letargo matinal recordó a la tripulación que a aquella travesía no habían venido a descansar, ni siquiera por un momento. Habían venido a sufrir.

Más abajo todavía, bajo la cubierta, el sitio donde se acuartelaban los soldados que habían cumplido con su guardia de noche era un hervidero. Un enjambre de pul-

gas y piojos, gusanos, insectos que nadie habría podido identificar con certeza. También de ratas. Y de hombres. Tumbados en sus putrefactos catres, algunos buscaban un sueño sudoroso que los agotaría tanto como un cuarto de guardia. Los había que deliraban, sofocados por el calor que la fiebre multiplicaba y que las escasas corrientes de aire que entraban por las escotillas no podían atenuar. Se empujaban unos a otros, tratando de encontrar una posición menos incómoda, y nunca perdían de vista su ración de galletas y de agua dulce, podrida desde hacía tiempo en el interior de los toneles embarcados en Lisboa.

A pesar de las reprimendas de los jesuitas y dominicos alojados con ellos, siempre había algunos jugando en un rincón. Desde el comienzo del viaje, los frailes no cejaban en su empeño de llevar un poco de religión a aquella comunidad compuesta por una mezcla de verdaderos hombres de armas, campesinos alistados a la fuerza y criminales que habían decidido embarcar con destino a las Indias para evitar las prisiones portuguesas o el cadalso. Lo cierto es que allí, en la penumbra del entrepuente, había que aceptar las cosas tal y como eran: ni siquiera el ojo del mismo Dios sería capaz de perforar una atmósfera tan espesa, un aire tan viciado que uno tenía la impresión de respirar a través de una estopa húmeda. En cualquier caso, así lo creía Simão Couto, quien, al echar a rodar los dados, se preguntaba si aquella manera de escapar a la estrecha vigilancia del Creador era algo bueno o malo. Cuando los tres cubos de hueso dejaron de rodar, se hizo el silencio por unos instantes, el tiempo necesario para que cada jugador entrecerrase los ojos y acercase la cabe-

za, intentando descifrar el resultado en medio de la semioscuridad. Y Gonçalo Peres estalló en una carcajada, mientras los hombros de Simão se hundían. Sentado al margen del grupo, Fernando Teixeira captó la mirada de su amigo y se encogió de hombros, como para comunicarle su impotencia ante la derrota. Acababan de perder una gallina. El ave, de color gris y plumaje apolillado, cacareaba débilmente desde la jaula en la que Peres, con su sonrisa desdentada y las encías inflamadas por el escorbuto, apoyaba ya la mano. Al mirar a Peres, ese soldado alistado en el umbral de una cárcel, ese ladrón sin otras cualidades que una mayor propensión a la violencia que el común de los mortales, Fernando pensó que era demasiado estúpido para morir. En los últimos cuatro meses había tenido ocasión de presenciar varios fallecimientos, accidentales o debidos a la enfermedad. El escorbuto se había llevado a docenas de hombres, y muchos murieron estando en mejores condiciones que Gonçalo Peres. Tenía los ojos vidriosos, su boca era un pozo maloliente y sus piernas estaban hinchadas y salpicadas de úlceras que, con la luz del día, ofrecían a la vista una fascinante paleta de colores en todos los tonos, desde el rojo más claro al negro más oscuro, pasando por azules nauseabundos y verdes que recordaban los excrementos de los patos en un corral. Cualquier ser humano consciente de su naturaleza mortal se habría tendido en su camastro de una vez por todas, a esperar la muerte. No así Gonçalo Peres, muerto por dentro, pero aún muy vivo cuando se trataba de desplumar a sus camaradas en el juego o de intentar sodomizar a algún grumete en un rincón del entrepuen-

te. Y todo porque le resultaba imposible aceptar que ya no era más que un cuerpo carcomido por la enfermedad. Si se mantenía en pie, no era gracias a un impulso vital, ni al instinto de lucha, sino a la mera costumbre.

Así que Peres se alejó de Simão llevando en las manos la jaula, en cuyo interior la gallina trataba de batir las alas y perdía el escaso plumón que todavía le quedaba. Durante semanas, Fernando había ahorrado con Simão parte del rancho para alimentarla, y ahora la veía marchar con mirada de marido cornudo. Le había tomado cariño, a la gallina esa, y a menudo se había preguntado si sería capaz de comérsela. Ahora, al verla partir en brazos de Peres, de repente le entró el hambre. En todo caso, más de lo habitual. Simão llegó junto a él y fueron a acostarse en sus catres, instalados uno al lado del otro desde el comienzo de aquel interminable viaje.

Fernando Teixeira no tenía suerte. Ni a los dados —por eso se mostraba tan reacio a jugar— ni, como él mismo decía, en ninguna otra cosa. Siempre estaba en el sitio equivocado y en el momento equivocado, desde el día en que nació. Su padre, Elísio Teixeira, era jornalero. En invierno trabajaba cortando árboles para alimentar la insaciable industria naval de un reino minúsculo que soñaba con ser un imperio marítimo. En verano se dedicaba a las tareas agrícolas. No tenía ni el más mínimo instinto maternal y su amor de padre se había visto considerablemente mermado por la muerte de su esposa, poco después de un parto interminable y demasiado extenuante para aquella mujer de constitución tan débil. Durante su corta vida,

Fernando siempre había llevado a la espalda el peso de esa desgracia. La suya tenía que ser una existencia sin otro horizonte que los ralos bosques del Alentejo, los caminos que iban de un aserradero a otro y las bofetadas recibidas en los momentos más inesperados. A Elisio Teixeira no se le podía reprochar que tuviese un carácter inestable. Siempre del mismo mal humor, caminaba arrastrando una rabia permanente, que volcaba con frecuencia en aquel hijo inoportuno que Dios le había impuesto, sin duda como castigo por algún pecado, o por el conjunto de todos ellos, y a la vez como recuerdo de una mujer a quien no amó, pero que le servía de ayuda y compañía. Fernando había recibido tal cantidad de golpes que el menor movimiento del aire le incitaba a esconder la cabeza entre los hombros, como a la espera del escozor de una mano callosa que lo alcanzara en la oreja o en la nuca. Por estar en el sitio equivocado. Por estar allí.

Cinco meses antes, aquel niño de quince años, a quien el trabajo en el bosque estaba convirtiendo en un hombre, se encontró otra vez en el sitio equivocado. Acababa de decidir que había llegado el momento de echarse al camino por su cuenta. De no seguir temiendo el golpe inesperado. De vivir otra vida. Le daba igual que fuese mejor o peor, siempre que fuese distinta. Una noche de comienzos de primavera, a la luz de la luna creciente, tomó la senda clara que salía del aserradero en dirección a Évora. Al despuntar el día, Fernando se cruzó con una tropa heterogénea formada por algunos soldados, unos cuantos niños de no más de diez años, varios hombres cubiertos de cicatrices que parecían recién salidos de pri-

sión —y de hecho lo estaban— e incluso de un tullido con una sola pierna.

El ejército de Portugal padecía de una carencia crónica de hombres para los refuerzos de las guarniciones de Goa y las demás factorías de la costa occidental de la India. Los necesitaba para completar la flota de tres naves que debía zarpar ese mismo año. Y los soldados empezaban a ser tan escasos como los robles y los pinos con que se fabricaban los barcos que tenían que transportarlos de un océano a otro. La perspectiva de no poder regresar nunca, una vez terminado el servicio, por la dificultad para hacerse con una plaza en los navíos de vuelta, que además nadie sabía si lograrían completar el trayecto sin irse a pique, resultaba demasiado desalentadora para los hombres honrados. De ahí que fuesen escasos en aquella columna, que marchaba camino de Lisboa y a la que Fernando acabó por unirse en contra de su voluntad.

El tullido ralentizaba el avance, así que lo abandonaron antes de cruzar el Tajo. Entre tanto, el efectivo de la tropa no había dejado de aumentar con nuevas incorporaciones: hombres enrolados de manera más o menos voluntaria, según tuviesen algo de lo que escapar o no escapasen lo bastante rápido a la mirada de los reclutadores.

Cuando Fernando Teixeira, en adelante soldado, quedó inscrito en el registro del escribano de la Casa da Índia, los moratones producidos por aquel encuentro fortuito todavía le dolían. Cobró su primera paga, compró un remedo de indumentaria militar —calzón, camisa, zapatos, chaqueta— y trabó amistad con Simão Couto. El chico había

crecido en el barrio del puerto de Lisboa, soñando con la India. Hijo de un tratante de especias, lo habían acunado con los relatos de los naufragios de la *carreira da Índia*, que allí se leían con una mezcla de pavor y deleite. Las historias de náufragos expuestos a la cobardía y la traición de sus semejantes, al salvajismo de los negros de tierras africanas y a la severidad de Dios no habían logrado desalentarlo. Todo lo contrario. En la tienda de su padre tuvo ocasión de observar a los marineros de regreso, cargados de las especias con que se enriquecían, y de escuchar sus andanzas llenas de piratas malabares, tigres y minas de diamantes. Terminó por fugarse de casa y, dada la escasez de hombres, no hubo nadie que le impidiese alistarse.

El 5 de abril, al son de los tambores y trompetas, las tres naves de la India pasaban por delante de la torre de Belém para encarar la barra del Tajo y llegar a mar abierto. Simão estaba exultante y Fernando empezó a vomitar. Aún vomitaba cuando les tocó capear, frente a las costas guineanas, el temporal que los dejó solos en mitad del océano. Una primera nave, con una ancha vía de agua abierta, había dado media vuelta muy pronto, todavía frente a las costas de Portugal. Y acababan de perder la segunda, a solo unos días de doblar el cabo de Buena Esperanza. Fernando apreció entonces en su justa medida la solidez de la construcción de aquel inmenso navío, la fuerza del armazón de troncos de roble, talados tal vez por su propio padre, la resistencia de los mástiles y vergas, así como la eficacia del calafateo, que impedía que entrara más agua de la que la bomba pudiese achicar.

Durante los interminables días de calma que siguieron al paso del ecuador no le quedaba ya nada que vomitar. El calor húmedo y sofocante empezaba a corromper los víveres, el agua dulce e incluso la ropa. Si no lograban secarlas del todo tras los aguaceros tropicales, las camisas comenzaban a llenarse de gusanos, igual que les ocurría a los jergones. Por eso, a pesar del frío y del mal tiempo, el paso de los cabos de Buena Esperanza y de las Agujas no resultó al final una experiencia tan terrible. «Si quieres aprender a rezar, hazte a la mar», le había dicho, sentencioso, el escribano de la Casa da Índia, quizá suponiendo que Fernando estaba demasiado tierno y a la vez no era lo bastante devoto para el largo viaje que le esperaba. Los jesuitas y los dominicos se esforzaron por enseñarle a rezar, sin resultado; en cambio, los imprevistos de la navegación sí fueron capaces de convencerle de que invocara al Señor de vez en cuando.

Aquel día, mientras Fernando y Simão trataban de no pensar más en la gallina y de ganarle algunas horas de mal sueño a la fétida atmósfera del entrepuente, el São Julião navegaba en soledad.

Una mano apoyada en su muslo sacó a Simão del letargo. Cuando abrió los ojos, vio la cicatriz inflamada que iba de la sien a la nariz de Gonçalo Peres y su barba rojiza, entre la que se afanaban algunos piojos. Recibió las palabras del soldado, que acaba de cortarse en las encías y enjuagarse la boca con un vaso de vinagre, al mismo tiempo que su aliento ácido. «Podemos ponernos de acuerdo. Para la gallina, me refiero».

*Cuando los imperios se desmoronan
y las sociedades se descomponen,
surgen grietas que nos permiten
deslizarnos por los huecos de la historia*

Año 1627. En plena ruta de las Indias, en el furor de una ciudad asediada o en medio de un laberinto de ciénagas y dunas azotadas por el viento, una tempestad dantesca unirá los destinos de tres héroes corrientes y dará comienzo a la aventura.

En la costa de las Landas, para escapar de las autoridades que la persiguen, Marie se refugia en una comunidad de saqueadores de pecios que se encuentra bajo el yugo de un hombre brutal. Sin embargo, aunque la joven apenas ha dejado de ser una adolescente, no está dispuesta a someterse.

En Brasil, Diogo, un joven huérfano, se alista en la guerrilla portuguesa que pugna por recuperar Salvador de Bahía de manos de los holandeses.

Y en Goa, está Fernando, enrolado por la fuerza en el ejército portugués y dispuesto a todo para escapar de su condición.

En *Para morir, el mundo*, Yan Lespoux nos ofrece una novela de aventuras magnética y exuberante. Tras los pasos de unos personajes zarandeados por la historia y por los elementos, a través de grandiosos escenarios, el autor nos arrastra en busca de la luz que se oculta en el tumulto del mundo.

CONTRALUZ

www.contraluzeditorial.es

